

Xiloca

Revista del Centro de Estudios del Jiloca

Literatura

Educación

Biografías

Historia

Arte

Naturaleza

Calamocha, 2018



Edita
Centro de Estudios del Jiloca

Avda. Bigas Luna, 2
Museo del Jamón
Polígono Agroalimentario
Tel.: 978 730 645
44200~Calamocha~Teruel
www.xiloca.com

El Centro de Estudios del Jiloca no se identifica necesariamente con el contenido de los textos publicados, siendo éstos de la exclusiva responsabilidad de su autor.

Consejo de redacción

José M. Carreras Asensio
José María de Jaime Lorén
Pilar Edo Hernández
Joaquín Campo Betés
Fermín Ezpeleta Aguilar
Francisco Martín Domingo
Chabier de Jaime Lorén
Tomás Guitarte Gimeno
José Serafin Aldecoa Calvo
Mercedes Rubio Martín
Mari Carmen Fuertes Sanz
Luis Martín Martínez
Emilio Benedicto Gimeno
Agustín Martín Soriano
Ricardo Alonso Liarte
Fernando Herrero Loma
José Juan Domingo Frax
Plácido Diez Bella
David Pardillos Martín
Diego Colás Elvira

Diseño y maquetación

Ricardo Polo
Ignacio Navarro

Ilustración de portadas

Pablo Mateo Folgado: "Atrapados en azul. El superyó"

Imprime

INO Reproducciones. Tel. 976 597 818

I.S.S.N

0214-1175

Deposito Legal

TE-10-2013



CAJA RURAL DE TERUEL

Índice

Editorial

Literatura

pág 13

Una novela de realismo social: *El camión* (1962) de Fermín Muñoz Pellejero

Fermín Ezpeleta Aguilar

Educación

pág 37

KronosFeria. Un proyecto más allá del centro educativo

Ricardo Alonso Liarte e Isabel Pérez

pág 53

Las matemáticas en el periódico "Miscelánea Turolense"

Vicente Meavilla Seguí y Antonio M. Oller Marcén

Biografías

pág 67

Juan Sastre Alloza: De la escuela de Lechago a las milicias anarquistas

Agustín Martín Soriano

pág 83

La carta extraviada de Manuel Ros, médico de Calamocha (1919)

Pablo de Jaime Ruiz y José María de Jaime Lorén

pág 87

En recuerdo de María Rosario Lucas Pellicer y Vicente Viñas Torner

Raquel Lucas Recio

Historia

pág 111

La implantación de la CNT en el Jiloca en la II República

Serafín Aldecoa

pág 135

La Guerra Civil española desde una perspectiva local: Báguena (Teruel)

David Pardillos Martín y María Hortensia Juste Royo

Arte

pág 163

La orfebrería darocense a través de la documentación

Fabián Mañas Ballestín y Francisco Martín Domingo

pág 195

Vínculos sentimentales y profesionales del escultor Francisco Rallo Lahoz con la provincia de Teruel

Paco Rallo

Naturaleza

pág 217

Flora excepcional de la cuenca endorreica de la Laguna de Gallocanta

Eulàlia Picornell Segura

Una novela del realismo social: *El camión* (1962) de Fermín Muñoz Pellejero

Fermín Ezpeleta Aguilar*

RESUMEN. En este artículo se analiza la novela desconocida del realismo social, *El camión*, publicada por Fermín Muñoz Pellejero (Mainar, Zaragoza, 1929-Alcalá de la Selva, Teruel, 2008) en 1962.

ABSTRACT. This article analyzes the novel of social realism, *El camión*, published by Fermín Muñoz Pellejero (Mainar, Zaragoza, 1929-Alcalá de la Selva, Teruel, 2008) in 1962.

* Universidad de Zaragoza.



Fermín Muñoz: traductor, periodista y secretario de los duques de Alba

Fermín Muñoz Pellejero (Mainar, Zaragoza, 1929, Alcalá de la Selva, 2008¹) es autor de una novela casi desconocida, *El camión*, consignada por Javier Barreiro en su *Diccionario de autores aragoneses contemporáneos* (2010: 772), que contiene valores similares a otras narraciones reconocidas que fueron publicadas en España en época de florecimiento de la novelística social en los años cincuenta y sesenta del siglo XX. Este escritor, que cursó primeras letras en su pueblo natal, la carrera del sacerdocio en Zaragoza y, más tarde, Filosofía y Letras y Periodismo en Madrid², se dedicó de forma intensiva en los últimos años sesenta y primeros setenta a la labor de traducción (sobre todo del francés), tal como acreditan las fichas extraídas de la Biblioteca Nacional. Traducciones de obras de contenido religioso, en muchos casos, de novelas de autores clásicos y de materias de corte enciclopédico, que quedan consignadas tras hacer una búsqueda electrónica inicial.

Al menos pueden señalarse los siguientes trabajos de estas características. A *la escucha de Dios* (1967) de Augustin George en Ediciones Paulinas; *Orar con los Salmos* (1967) del mismo autor y en esa misma editorial; o la recopilación de *Las encíclicas del mundo moderno* (1969) en la editorial Bruguera. Para esta editorial barcelonesa tradujo la obra de Victor Hugo, *El 93* (1970) y *El vizconde de Bragelonne* (1972), de Alejandro Dumas, además de otros títulos misceláneos como *El microscopio y sus secretos* (1969) de M. Ciccioli, M.G. Aliverti y G. Laudi o *Maravillas del pasado* de Roberto Bosi en dos versiones, una de 1969 y otra de 1973; y *Piratas, corsarios y filibusteros. Las maravillosas aventuras en el mar* (1968), de Vezio Melegari. Para editoriales madrileñas tradujo *El hombre microscópico* (1969) de Pierre Auger, en Gredos; *La educación sexual de los niños y de los adolescentes* (1968) de S. Guillopé en la editorial Sociedad de Educación Atenas o *Carolina Murat*, de Joseph Turquan, para el Círculo de Amigos de la Historia. Otra traducción de temática de biografía histórica de este último autor es *Paulina y Elisa Bonaparte* (1974) para la editorial barcelonesa Círculo de Amigos de la Historia. Particularmente relevante es la traducción del francés de los volúmenes I (1982), II (1982) y IV (1985) de la *Historia General de África*, monumental obra de referencia auspiciada por la UNESCO de la que a Fer-

(1) Agradezco a la viuda de Fermín Muñoz, doña Cándida, residente en Madrid, los datos que me facilita acerca de su marido. En la conversación telefónica que mantuve con ella el día 10 de octubre de 2017 recibí la información de la fecha de la muerte del escritor. Me dijo que Fermín Muñoz había fallecido repentinamente en Alcalá de la Selva el día 29 de diciembre de 2008. La fecha de nacimiento es 11 de octubre de 1929. Asimismo, la única hija del escritor, Esther, también desde Madrid y en la entrevista que incluyo al final, recompone con generosidad el perfil humano y profesional de su padre. A ella se deben las ilustraciones y fotografías que acompañan a este artículo.

(2) Así se indica en la información contenida en la cubierta posterior de esta novela, editada en los Talleres Editoriales "El Noticiero" de Zaragoza en 1962, pero con fecha de depósito legal de 1961. En la entrevista a Esther Muñoz se corroboran estos detalles.

mín Muñoz le cabe la responsabilidad de traducir dos mil quinientas páginas. Los directores de estos volúmenes son, respectivamente, J. Ki-Zerbo, G. Mokhtar y D. T. Niame.

El Catálogo bibliográfico de periodistas españoles del siglo XX de López de Zuazo informa además de la condición de Fermín Muñoz Pellejero periodista profesional por la Escuela Oficial de Periodismo de Madrid, inscrito en el Registro Oficial de Periodistas (1981: 408). En la cubierta posterior de la novela *El camión*, con la firma de J. M^a. J., se anota, en efecto, el dato de que este autor ha colaborado en distintos medios periodísticos madrileños y de provincia. La hija del escritor añade alguna información sobre el particular, al señalar la dedicación laboral en la Agencia Efe: “Ya en Madrid, mi padre trabajó en la Agencia Efe, de periodista, unos años. No sabría decirle exactamente cuántos. Este trabajo no le gustó demasiado porque buscaba las noticias en la calle y no le satisfacía plenamente. En esta época, para la Agencia Efe, escribía sobre la Vuelta Ciclista y viajaba hasta el lugar para buscar la noticia y plasmarla posteriormente sobre el papel”. Durante casi tres décadas, y tras dejar su trabajo en la Agencia Efe, pasó a convertirse hasta su jubilación en secretario de los duques de Alba, dentro del Palacio de Liria. Una dilatada labor que se caracteriza, según su hija, por la discreción: “Trabajó en el Palacio de Liria como secretario de los dos Duques de Alba. Y este fue el trabajo hasta su jubilación. Mi padre era una persona muy trabajadora y muy querida allí”.

Una *opera prima* autobiográfica: la vida del sacerdote rural

Con todo, parece oportuno salir al rescate de la condición de novelista de este intelectual al que no se le puede negar su entrega apasionada a la tarea de la creación literaria. Su primera novela, de temática religiosa, *Un hombre solo* (1961), fue editada por la editorial de Barcelona Juan Flors, en el volumen 14 de la colección Remanso, en su sección 5 “La iglesia viviente”. La obra tiene 256 páginas y en ella se focaliza un personaje principal en primera persona, sacerdote en el mundo rural. Se trata de un trasunto de la vida del propio escritor, sacerdote en los años finales de la década de los cincuenta y primeros años sesenta en pueblos turolenses como Martín de Río, Tornos y Alcalá de la Selva. Se percibe pronto alguna conexión con un cierto tipo de narrativa europea de carácter cristiano, un cristianismo a veces trágico representado en los años treinta y cuarenta por autores como Graham Greene, François Mauriac o George Bernanos. La evocación de *Diario de un cura rural* (1936) del último de estos escritores resulta evidente, sin olvidar el humus cultural e intelectual en la España de la época que auspicia también una novelística de estas características, bien estudiada por Vicente Torres Aguado (2009), y en la que no pocas veces el personaje sacerdote adopta un papel protagonista. Autores como José Luis Castillo

Puche (*Sin camino*, 1956), José Luis Martín Descalzo (*La frontera de Dios*, 1957), José Vidal Cadelláns (*No era de los nuestros*, 1959) o Mercedes Salisachs (*Vendimia interrumpida*, 1960) dejan suficientes ejemplos de una novelística de personaje principal clérigo, eso sí con distintos tonos e intencionalidades (desde el sacerdote decididamente existencialista al más tradicionalista), en la que aparece como tema de fondo la fe no siempre otorgada a los personajes que pululan por las historias. En definitiva, las dificultades del vivir del ser humano cristiano que ha de enfrentarse cotidianamente con la miseria, la injusticia y el mal. Este tipo de narrativa va a tener además su traslación a una literatura juvenil de carácter didáctico más amable en obras muy leídas de autores como José Luis Martín Vigil (*La vida sale al encuentro*, 1960) o Montserrat del Amo (*Rastro de Dios*, 1960).

Un hombre solo se presenta como una *opera prima* en la que su autor ha volcado aspectos autobiográficos en torno a la vocación religiosa y, en todo caso, con la pretensión de hacer del personaje sacerdote un ser humano con contradicciones y flaquezas que ha de librar una lucha ascética para cumplir la alta misión que le ha sido encomendada por la Gracia. De la lectura de la novela se desprende siempre la aceptación de un credo católico que lleva implícitas unas prácticas religiosas nunca cuestionadas y que sazonan expresivamente la anécdota de la peripecia, sin que eso sea un obstáculo para que el sacerdote haga un continuo ejercicio de adaptación a sus parroquianos: “al predicarles al pie del altar yo tenía en cuenta que mi parroquia es un pueblo compuesto de hombres y mujeres de carne y hueso” (136). Podría hablarse de tesis religiosa por los comentarios reflexivos, habituales en la novelística de este



escritor, que sirven al propósito de la defensa de un Dios creador que gobierna el mundo y que sale al encuentro de los fieles siempre y cuando éstos se dejen querer: “El amor lo cura todo. El amor a Dios y el amor a los hombres, he aquí los dos misterios de la vida” (31).

El marco del pequeño pueblo con casas de adobes en el que transcurre la historia da pie a una cierta indagación del mundo rural al modo de lo que están haciendo ya en la literatura española algunos novelistas sociales que ponen el foco en la dura vida del campo tales como Jesús Fernández Santos (*Los bravos*, 1954), Ignacio Aldecoa (*Con el viento solano*, 1956) o Alfonso Grosso (*La zanja*, 1961): “Estas casas de frágiles adobes, y en el silencio de este valle rodeado de montañas, yo quiero anular mi espíritu en un dulce “nirvana”, de querer hacer el bien, de trabajar...” (205). Sin embargo, esta primera novela de Muñoz Pellejero, tal como refleja el propio título, se decanta más del lado de la indagación del mundo interior del personaje principal que del objetivismo característico de las anteriores novelas sociales señaladas. El autor reflexiona sobre “la atmósfera de drama y de inquietud constante” (64) del ser humano y sobre “el sentido de lucha que cada uno y constantemente experimenta en su vida, en el aspecto espiritual y en el material” (205).

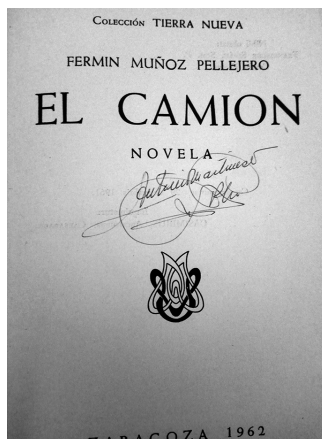
El camión: realismo social y metafísica

El título de la siguiente novela, “El camión”, remite con más claridad al imaginario literario de la generación del social-realismo, en terminología de Martínez Cachero (1997: 253); es decir, a la sociedad española como tema narrativo, con desplazamiento ahora del individuo hacia el colectivo, sin que por ello deje de haber personaje principal. Se tratará de explorar, sirviéndose de unas técnicas narrativas propias de los escritores de esa generación del Medio Siglo, los núcleos temáticos que sirven como potentes reflectores de los trozos que conforman la realidad circundante: la vida en el campo, el mundo del trabajo, la ciudad, la burguesía, el viaje por las tierras de España. La fecha de publicación, coincidente con *Tiempo de silencio*, hace posible que su autor incorpore de forma prudente algunas técnicas caracterizadoras de una novelística nueva que viene a ejemplificar la obra de Luis Martín Santos: técnica contrapuntística, uso abundante del estilo indirecto libre para captar la interioridad del personaje, perspectivismo múltiple aunque siempre embridado por el narrador omnisciente en tercera persona, digresiones, descripciones minuciosas.

La edición impresa de 210 páginas presenta un fajín en el que se pondera la novela “excepcional por su estilo, por su técnica y por su fondo humano”, con el añadido de que es finalista del premio “Calibo”. Es verdad que el lector percibe cada uno de estos tres rasgos de forma nítida. Hay un esfuerzo importante de adaptación a

una tipo de literatura que triunfa en ese momento y que resulta bien absorbida por Muñoz Pellejero, quien acredita buenos fundamentos técnicos así como suficientes lecturas previas de la tradición española y europea. El argumento se presenta como el relato de un viaje la víspera del día de la Asunción desde Barcelona al pueblo de la cuenca minera de Teruel, lugar de nacimiento y de residencia del conductor. Este, dentro de la cabina de su camión “Pegaso 160”, evoca a lo largo de la larga jornada del trayecto, recuerdos de su vida pasada a la vez que sueña con un futuro para su esposa y un primer hijo que está por llegar.

Toda la narración queda subordinada a un narrador omnisciente en tercera persona que se adueña de forma totalizadora de los distintos discursos que ahorman el texto. Este recurso posibilita el comentario y la reflexión moral que parte fundamentalmente de la voz del personaje Tobías, pero que a veces parece confundirse con la del autor. La novela se alinea con otros relatos del momento de escritores más conocidos que giran en torno a la vida difícil del trabajo: *Central eléctrica* (1958) de Jesús López Pacheco o *La zanja* (1961) de Alfonso Grosso, aunque tal vez *El camión* no pueda adscribirse plenamente a lo que Eugenio García de Nora denomina “literatura proletaria” (1973: 327), refiriéndose a estas novelas canónicas señaladas puesto que hay, sí, cierta intensificación del sentimiento épico del trabajo, pero no siempre está clara la intencionalidad crítica y de protesta social, evidentes casi siempre en esas otras narraciones. La novela de Muñoz Pellejero puede leerse en parte como testimonio de la dura vida del camionero transportista que ha de pasar periodos largos de tiempo fuera de su casa. Algo de eso había planteado Jesús Fernández Santos en *Los bravos* (1954). El hecho de transportar carbón desde las cuencas mineras de Teruel da pie a algún excursus significativo sobre la condición laboral del minero, al que siempre le acecha la muerte. Es imposible no evocar aquí otra de las novelas canónicas del realismo social, publicada muy poco antes que *El camión*: *La mina* (1960) de Armando López Salinas³.



El título supone ya un primer acierto en cuanto que el camión, personalizado, se convierte en personaje que funciona como una suerte de interlocutor del protagonista, Tobías. El camión es recipiendario de las expansiones de su conductor, quien da rienda suelta al discurso coloquial que caracteriza siempre a una obra realista de estas características, quintaesenciada aquí en expresiones conativas como “Hala pequeño” (16, 45), “Vamos, pequeño” (17), “Hala, maño, arriba” (71). Desde el inicio, el relato del personaje Tobías, siempre subordinado a un narrador omnisciente, quiere dotar de vida al camión a través del uso especial de una lengua literaria construida con metáforas y comparaciones de la extracción de los seres vivos: “Era [el sonido del camión] como la voz de una persona amada que se distinguiese entre millones de voces” (15); “Le pareció que se dilataba a cada golpe y luego se contraía como el vientre de un caballo de carrera. Tobías le prodigaba cuidados como a un ser vivo” (15). Así, por ejemplo, hay por parte del narrador voluntad de describir de forma pormenorizada la cabina del camión. En la parte exterior del vehículo, “en la portezuela estaba escrito: T.M. Transportes. MARTÍN DEL RÍO. (Teruel)” (99). En el interior: “Ladeó la cabeza para observar aquellos objetos que, haciéndole compañía, estaban dormidos: los mandos, un banderín que se tambaleaba sobre el cristal” [...] Era aquello el pequeño mundo de las cosas que le hacían compañía por la noche y que observaba con frecuencia” (94). En alguna ocasión la observación minuciosa del funcionamiento de la máquina queda focalizada por un personaje episódico que comparte un tramo del camino con el chófer, para señalar de ese modo al objeto camión como centro de interés narrativo: “El médico veía cómo retemblaban las manos de Tobías sobre el volante, cómo accionaba los mandos del cambio. Se oía el ruido de los engranajes y piñones en la caja de cambios, el silbato del calderín, el desesperado ruido del acelerador” (135). La técnica de la descripción objetivista lleva, en fin, al autor a presentar el funcionamiento del motor del camión al modo de un manual técnico de mecánica:

Pensaba en la bomba inyectora funcionando vertiginosamente para enviar el gasoil espolvoreado y a tal presión que se inflamaba instantáneamente dentro de la culata. Surgía la explosión como un pequeño relámpago seguido del trueno y obligaba al cilindro a volver a su posición de ataque, éste movía la biela y, ésta su vez, transformaba el movimiento vertical del pistón en circular, que se transmitía por las levas del cigüeñal... (113).

El acoplamiento armónico entre conductor y camión no oculta el señalamiento, por parte de la voz editorial, de las dificultades de la profesión. Recién casado, Tobías com-

(3) Existe una literatura de la mina, decantada casi siempre del lado de la novelística social, estudiada por Delmiro Coto en un libro básico sobre este tema (2003). En el mismo se ofrece un listado amplio de obras entre las que, sin embargo, no se incluye la novela de Fermín Muñoz.

pró el camión contra la voluntad de su padre con el objetivo de mejorar económicamente su situación aun a costa de vender las mejores fincas que le habían tocado como dote (33): “Se sobreponía a sí mismo: Me sacrificaré [...] De lo contrario no podría soportar un trabajo tan duro” (25). Los beneficios económicos son, sin embargo, innegables: “Calculando un poco por lo bajo, cuarenta y ocho mil pesetas al mes” (35). “Veinte viajes al mes suponen doscientas toneladas de carbón transportado desde la cuenca minera de Utrillas al puerto de Barcelona” (35). El personaje principal se encuentra en el momento inicial de una nueva profesión, dejadas atrás definitivamente las ocupaciones anteriores del ganado y la siega. En ese breve tiempo ya había ido por carretera destinos como Burgos, Soria, Zaragoza, Pamplona, Irún, Bilbao, Madrid, Barcelona, Puerto de Piqueras, Ordesa, Panticosa... “Había llevado carbón a los hoteles de la Costa Azul, de San Sebastián, de Santander, a fábricas de cemento, de conservas, a señoritos y a... Y siempre, todas carreteras iguales por la noche” (101). El protagonista de la novela de Muñoz Pellejero entra a formar parte desde luego de la categoría que Sobejano (2005: 357), en su libro sobre la novela española de nuestro tiempo, denomina “esforzados”, junto a otros personajes similares que pueblan las novelas afines: pescadores, constructores de centrales eléctricas, picadores de zanjas, emigrantes, y, por supuesto, mineros, también considerados en *El camión*. De modo que en la divisoria temática de la novelística de esta época establecida por Sanz Villanueva entre “relatos que se ocupan que se ocupan de la actividad del obrero y aquellos otros que se dedican a medios burgueses” (1980: 178), *El camión* entraría a formar parte del primero de los dos grupos.

El conjunto de técnicas “conductistas” que Muñoz Pellejero imprime a su obra se proyecta además a los objetos y personas que Tobías presencia casi siempre desde la altura que le da su posición de conductor. Una mirada *cuasi* cinematográfica dirigida a los pueblos y las gentes de la España de comienzos de los sesenta a lo largo de un trayecto que viene marcado por las localidades que se atraviesan, las necesarias paradas, las conversaciones con paisanos, con “autoestopistas”, la ayuda suministrada a otros camioneros. En definitiva, el autor dispone un esquema narrativo similar al de esa literatura de andar y ver, canonizada también en esas mismas fechas por los novelistas realistas. El narrador se complace en señalar las localidades del camino con breves alusiones, en algunos casos, a los rasgos topográficos, históricos o culturales al modo, en efecto, de los libros de viajes del momento⁴.

Se deja constancia de los mojones kilométricos, del momento de repostaje de gasoil, de los grupos humanos de viandantes, bañistas del incipiente turismo veraniego en las costas de Tarragona, fiestas populares y procesiones, la parada en el bar, otras paradas ocasionales para recoger paquetes. El narrador presta atención al Arco de

(4) En la cubierta posterior de la novela se dice que Muñoz Pellejero tiene en prensa, en la misma colección “Tierra nueva” de “El Noticiero”, la novela *Mi primer viaje a París*. Parece que la literatura de viajes no resulta ajena al autor.

Bará y, ya en Aragón, escucha los comentarios históricos que su ocasional compañero de viaje hace a propósito de Calaceite: “-¡Hombre, Calaceite! En este pueblo hay una acrópolis, una ciudad fortificada –aclará- construida por los iberos. Ya les daban también éstos guerra a los romanos” (131); el paso por Alcañiz propicia la contemplación de la Charca o la ponderación de la Colegiata: “La piedra tallada sobre la puerta parecía dorada en medio de tanta luz, los escudos de piedra y las cabezas de ángeles y bichas se destacaban y se veían perfectamente desde la carretera” (167); y Calanda motiva asimismo el recordatorio del milagro de Miguel Pellicer. El narrador omnisciente, en fin, se complace a cada paso en la evocación de una cuenca minera turolense hosca y triste en la que:

Solamente el río Martín traza una pincelada de colorido como el principio de una sonrisa. A su paso silencioso fertiliza las riberas de Segura de Baños, Las Parras, Vivel, Martín del Río, Montalbán... Utrillas, Escucha y Palomar, edificadas al pie de Sant Just tienen sus cimientos contruidos con piedras de grafito, encima de las mismas galerías de las minas (142).

El lector recibe una eficaz mirada panorámica del latir de una España eminentemente rural que empieza a vislumbrar el despegue económico protagonizado por personas como el Tobías de esta novela, quien puede funcionar como representación de todo un colectivo, al modo de lo que sucede con otros héroes de las novelas afines. Una España cartografiada con eficacia por un narrador que se fija en las dificultosas conferencias telefónicas (13), en la presencia en los caminos de algunos tipos marginales, en la pareja de guardias civiles en la carretera (77), en toreros como Luis Miguel Dominguín (179), en los paquetes de cigarrillos (“Bisonte”, 51; “Chesterfield”, 94), en las marcas de vehículos (“Seat 600”, 101; “Balilla”, 109), en las tonadas musicales (“Cahito, cachito/cachito mío, /pedazo de cielo...”, 95), o en las marcas de casas comerciales grabadas en las tapias de tierra rojizas de las masías (FLO-RISPAN, ULLOA OPTICO..., 178).

El autor, dentro de la estructura de la novela, hace productivo el recurso de la inserción de personajes episódicos que emiten discursos digresivos sobre temas colaterales, pero que contribuyen a dar variedad a la narración. A la manera de las historias interpoladas cervantinas, van surgiendo estos relatos secundarios que completan el puzzle de la realidad descrita. Así, la historia de los estudiantes Sigfredo y Nicolás, que parece evocar una estancia en París del propio autor⁵; el recuerdo del seminario,

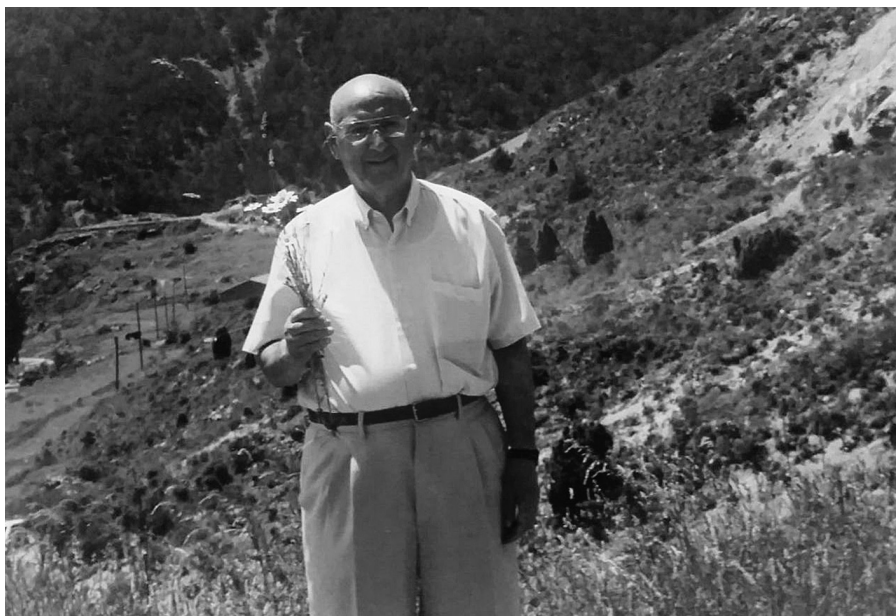
(5) El título de la novela “en prensa” antes señalada, *Mi primer viaje a París*, parece apuntar en esta dirección. En efecto, Esther Muñoz confirma en la entrevista aquí incluida la asistencia de su padre a cursos en Francia. Además se añade, en la cubierta posterior de la edición de *El camión*, que su autor tiene en preparación otros dos títulos: *Hechos de barro* y *Los ángeles del Pilar*. En la entrevista mencionada, Esther Muñoz desconoce la existencia de otros títulos distintos a las dos novelas señaladas. Apunta únicamente la existencia de un cuento publicado en un volumen colectivo.

que vuelve a ser autobiográfico; las ayudas suministradas a vehículos averiados; el encuentro con la guardia civil; los tipos de distinto perfil y condición social a los que Tobías acerca a determinados lugares, particularmente la muy significativa del médico que va a Valdealgorfa en el capítulo once, pues este compañero de viaje se hace portador de la experiencia de la guerra civil en el frente de Teruel, vivida en el bando nacional y evocada de manera vehemente:

El terreno era tal como lo había hecho la madre Naturaleza. Aquella zona que por el Este se apoyaba en el recodo del valle y en las ruinas de Vivel, era el campo de batalla [...] Comenzaron los disparos. Las nubes de humo y de nieve lanzaban al aire cuerpos destrozados. La artillería roja tronó. Había empezado la más horrible danza de la muerte (123-124).

Como suele ser habitual en estas novelas, la guerra civil hace su aparición aunque sea en estado latente.

El mundo rural, que había sido considerado especialmente por Muñoz Pellejero en su primera novela, sigue cobrando máxima importancia en esta segunda entrega. Para ello el autor dispone de algunos capítulos (los números 1, 3, 7, 12, 15, 17), gobernados siempre por un narrador omnisciente, pero elaborados a partir de la perspectiva de Mary, la esposa del camionero, embarazada de su primer hijo: “Mary levantó la mirada y respiró como si estuviese fatigada. Se notaba su semblante un



tanto sonrosado, y sus manos, extremadamente pálidas, acababan de doblar unas ropitas de niño, pequeñas y suaves. Sonaron unas campanas del viejo reloj del campanario" (38). Ella se ha resignado a vivir en el pueblo del marido, Martín del Río, que representa la aldea sin historia, como se esfuerza en reflejar expresivamente el autor por medio del árbol centenario que preside la plaza, en el preámbulo y el epílogo que enmarcan los 17 capítulos de la novela: "Él preside la vida de esta aldea: gime cuando lloran sus habitantes, y se alegra todas las primaveras aunque las calles chorrean humedad y son incapaces de sonreír con una pincelada de sol" (10). "...El árbol gigante, viejo y rugoso sigue presidiendo la vida de esta aldea: gime cuando lloran sus habitante [...] Este pueblo apenas tiene nombre... Esta aldea no tiene historia. Quizá algún día se escriba" (209).

En esta radiografía de la aldea no se omiten las rutinas cotidianas de Mary: "Mary se afanaba en ordenar la casa" (74); "Mary pasaba con una red de plástico en la mano. Iba de compras, había realizado la limpieza de la casa con todo esmero. Llevaba una blusa de seda blanca que le salía por encima de la falda, ancha y estirada..." (145). La joven esposa anota las dificultades de aclimatación a un pueblo minero propenso al alcoholismo y a la blasfemia: "En los pocos meses que hacía que vivía en aquella aldea había llegado a creer que los doscientos mineros, hombres casados y jóvenes, que regresaban del trabajo con el rostro negro, eran demonios" (141). "Bebían entre gritos y horribles palabras, desafíos, burlas, groserías y blasfemias, que, a pesar de todo, no horrorizaban. Parecían que eran propias de aquel lugar, de aquellas reuniones infernales" (141). Asimismo, estos capítulos permiten la presentación de figuras como el médico-alcalde, que tendrá que emplearse a fondo tras el accidente minero ocurrido al final del relato, el practicante y, sobre todo, dos instituciones por las que siente especial querencia el autor: la escuela y la iglesia, que cuentan asimismo con sus correspondientes excursos digresivos.

La novela está dedicada "A mi primer maestro" y la actividad docente de don Agustín es el centro de interés sobre el que pone el foco el narrador en el capítulo doce. El maestro toma la lección en verano a dos estudiantes suspendidos en matemáticas y francés (139). La estampa de este maestro responde a la visión negativa que la literatura realista anterior había consagrado para la figura magisterial: "El señor maestro tiene buenas cualidades, y ¿cómo no?, también algún defectillo. En las reuniones con otros compañeros era causa de risa y palabras burlonas porque resultaba fácil a todos hacer públicas sus deficiencias de carácter. Hablando de él era como provocar sonrisas burlonas..." (139). El elemento religioso, siempre presente en la literatura del autor, aparece asociado también a las vidas de los dos cónyuges. Al paso por Reus, un grupo de paseantes seminaristas, habían dado ya pie al narrador para la evocación de los años infantiles estudiantiles del camionero en aquella institución religiosa: "Una mañana de octubre cuando caían las hojas de los árboles, lleno de

nostalgia, se encontró también solo, rodeado de amigos en los grandes patios del Seminario” (65). Sigue señalando el narrador: “Él no volvió sus ojos a Dios. Oyó la voz de la humana naturaleza y se asustó sin acordarse de buscar la gracia y el consuelo de Dios que están siempre a nuestro alcance” (65-66). Desde el comienzo de la novela, en el capítulo dos, se deja constancia de la asistencia del matrimonio a la misa dominical de la aldea: “La iglesia era un remanso de paz; flotaba en el ambiente la calma y cierta seguridad de reposo que tonificaba” (26). No falta la valoración de la figura del sacerdote rural en el capítulo doce, que recuerda la materia que daba cuerpo a su primera novela. El cura se adapta a la población, cooperando con los feligreses, haciendo catequesis, montando un cine parroquial o predicando en la misa de los domingos “a la que iban acudiendo más gente y no sólo viejecitas” (144).

El autor se separa en parte de la novelística social de la época en cuanto a uno de los preceptos observados en toda esta literatura “conductista”, la desaparición del autor. No ocurre tal puesto que el narrador omnisciente a fin de cuentas se arroga la capacidad de formar cuerpo doctrinal, aunque las reflexiones estén atribuidas al personaje principal que va ganado aprendizaje de vida: “A su manera, percibía que el ser humano es la maravilla de la Creación, que hacer un hombre es una gloria y que si la mayor parte de los hombres lo consideran con cierta indiferencia...” (134). La reflexión moral va a cobrar más consistencia en la parte final de la novela tras la explosión producida en la mina de Utrillas con el resultado de dieciséis mineros muertos: “No ha sido el grisú” (147).

Había explotado la dinamita en la boca de la “jaula”, el ascensor que subía a los mineros del fondo de la tierra, cuando se hacía el relevo; unos bajaban en el ascensor a las galerías, y otros subían. El dinamitero estaba sentado, esperando bajar en la “jaula” con los mineros, cosa que estaba prohibida. Quizá algún fumador arrojó la colilla sobre los fulminantes, o el mismo dinamitero se puso a fumar (148).

Se trata del suceso trágico que remite a un accidente real ocurrido en el pozo de Santa Bárbara de Utrillas el 29 de agosto de 1959, y que se saldó con la muerte de trece hombres y siete heridos, seis de ellos de gravedad. Los periódicos de la época explicaron que se trató de la explosión de una carga de dinamita que a su vez provocó la voladura de la parte exterior del hormigón de la zona del embarque⁶. Muñoz Pelle-

(6) Una extensa crónica firmada por Manuel Guerricabeytia apareció al día siguiente del suceso en el diario turolense *Lucha* bajo el titular de portada “Catástrofe en una mina de Utrillas”. En ella se explica con pormenor lo ocurrido: “Iba a entrar un turno al pozo. Uno de ellos llevaba una caja de 25 kilos de dinamita para distribuirla a los encargados de colocar los barrenos en el interior. La dinamita explotó, nadie sabe por qué, junto al cubrimiento exterior de embarque que voló parcialmente, cayendo la techumbre de hormigón sobre los hombres destrozados ya por la dinamita y tal vez matando a quien hubiera quedado con vida. El trágico balance trece muertos y siete heridos”. El cronista valora además el heroísmo y la entereza que demostraron de inmediato los propios mineros, los responsables de la empresa, los habitantes de Utrillas y, en especial, el personal sanitario. En la novela se destacan también estos mismos aspectos.

jero, que sigue con bastante fidelidad los hechos reales, se sirve literariamente de esta tragedia para quebrar la placidez de un relato en el que “no pasa nada” al modo de lo que hacen en este tipo de novelas otros autores. Si en *El camino* (1950) de Miguel Delibes y *El Jarama* (1955) de Rafael Sánchez Ferlosio los ahogamientos finales del muchacho y de la joven funcionaban como hechos trágicos que rompían la nadería, la explosión de la mina de *El camión* supone un fuerte aldabonazo que posibilita la reflexión acerca de la pequeñez de la condición humana. La homilía del sacerdote de la aldea el mismo día de la Asunción obra una catarsis en los feligreses en consonancia con la tesis que puede desprenderse de la novela. Hay que tener en cuenta además la virtualidad de unos símbolos a los que el autor dota de funcionalidad evidente dentro de la estructura narrativa. Especialmente, la onomástica. El nombre del personaje principal queda asociado a la historia bíblica del joven Tobías, glosada con cierto detalle a lo largo de seis páginas del capítulo catorce (171-176)⁷. La historia bíblica refuerza el mensaje del matrimonio fuerte (“vivir juntos hasta la muerte”) capaz de superar los obstáculos que se interponen en el camino. La traslación de la historia bíblica a la novela de Muñoz Pellejero se corrobora al oír la voz del transportista protagonista mediante el recurso del estilo indirecto libre, utilizado de forma sistemática a lo largo de toda la novela. La novela *El camión* parece acogerse por aquí a ese otro modo de novelar de la generación del Medio Siglo, la llamada “novela metafísica”, que se vale de símbolos para plantear de forma narrativa asuntos cruciales de la existencia que tocan de lleno con la parte espiritual del ser humano.



(7) Constituye un precedente de reformulación literaria de esta historia bíblica la obra teatral de Gonzalo Torrente Ballester, *El viaje del joven Tobías*, primera obra no estrenada pero declamada en Burgos en 1938 entre el grupo de intelectuales falangistas más destacados del momento. Se trata de una nueva propuesta teatral que presenta el viaje de Tobías como un acto de heroísmo y aventura en el contexto “connotado” de la apuesta por una Nueva España.

Por encima de la fotografía social, al autor le interesa elevar el punto de mira, al ofrecer al lector una historia de amor entre hombre y mujer en construcción, al amparo siempre de la tradición cristiana. A tal propósito obedecen los pensamientos de seres enamorados cruzados que surgen de Tobías y de Mary, o las manifestaciones de espera impaciente de la esposa, o la sensación de “no llegar nunca” apuntada casi como leitmotiv en la narración y que contribuye a crear suspense narrativo al apelar continuamente a la zona emocional del receptor. Conviene resaltar el buen manejo que hace el autor del tiempo y el espacio como elementos clave que contribuyen a elevar el nivel de la narración. Un tiempo psicológico marcado por las referencias del transportista a esa idea de que “el destino parece no acortarse”; y un espacio señalado por medio de los hitos geográficos del camino. Junto a esta ruta de viaje perfectamente “punteada”, cobra protagonismo la geografía, vista por el autor como “la teología de la Tierra”⁸. En efecto, el lector recibe el mensaje de la naturaleza como educadora del ser humano, en un relato en el que ha de resaltarse la descripción de la tierra turolense, especialmente la zona de las cuencas mineras.

La elección del día de la Asunción como momento de la llegada obedece a los mismos propósitos, pues permite la reflexión teológica en una fiesta litúrgica especial y contribuye a exorcizar el sufrimiento ocasionado por la catástrofe del día anterior en la mina gracias a las palabras del sacerdote en la homilía. La vida continúa y “los chiquillos lanzaban al aire los desahogos y gritos contenidos largo rato durante las ceremonias religiosas. Los hombres, en corros a la sombra del pórtico y, bajo una acacia próxima, liaban el cigarrillo pasándose la petaca de uno a otros...” (207).

Conclusión

En resumen, el autor evidencia nervio narrativo en la construcción de una novela, *El camión*, en la que quedan bien plasmadas las notas que se indicaban en la parte peritextual. Por una parte, un estilo brioso que recuerda el de los buenos novelistas coetáneos, pues Muñoz Pellejero pone en limpio una documentación exhaustiva sobre la vida dura de los transportistas de la época, complementada además con la información sobre el mundo de la mina, a partir de la recreación de un accidente real ocurrido en la mina de Utrillas un 29 de agosto de 1959. Por aquí la novela se sujeta perfectamente al perfil de novela behaviorista que informa expresivamente pero con verdad sobre la condición de estas esforzadas profesiones. Sin embargo, y en segundo lugar, el desiderátum religioso propio de este autor propicia una indagación del

(8) En la página siguiente de la dedicatoria, encima de las iniciales de su nombre, el autor inserta un texto que apunta de lleno a la tesis de la novela: “Geografía es la teología de la Tierra, y su pequeño dios, el hombre”. Esther Muñoz, en la entrevista, glosa con algún detalle la pasión de su padre por la naturaleza, además de otras aficiones como la pintura y el deporte.

elemento humano, acercando de ese modo el relato a los terrenos de la novela metafísica, cultivada por algunos escritores que pertenecen a esa misma generación, con propensión, eso sí, a la tesis. Asimismo, y en tercer lugar, el autor se muestra conocedor de las novedades técnicas que introducen a partir de la fecha de composición de la novela escritores que, cansados del realismo chato, transitan del hacia un realismo crítico caracterizado por la utilización flexible de recursos tales como el perspectivismo múltiple, el uso de la digresión o la indagación en la conciencia del personaje a través del uso de técnicas como el estilo indirecto libre. Es importante señalar, para el lector de nuestro ámbito geográfico, que estamos ante una gran novela de la geografía turolense.

Bibliografía

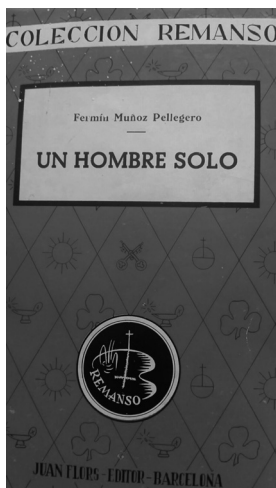
Novelas de Fermín Muñoz y otras obras en las que participa como traductor

- MUÑOZ PELLEJERO, Fermín (1961): *Un hombre solo*, Barcelona, Editorial Juan Flors.
- MUÑOZ PELLEJERO, Fermín (1962): *El camión*, Zaragoza, El Noticiero.
- AUGER, Pierre (1969): *El hombre microscópico*, Madrid, Gredos, versión de Fermín Muñoz Pellejero.
- BOSI, Roberto (1969 y 1973): *Maravillas del pasado*, adaptación de C. y E. Ciccione, traducción de Fermín Muñoz Pellejero.
- CICCIOLI, M., ALIVERTI, M. G, LAUDI, G. (1969): *El microscopio y sus secretos*, Barcelona, Bruguera, adaptación de L. Lucas, traducción de Fermín Muñoz Pellejero.
- DUMAS, Alejandro (1972): *El vizconde de Bragelonne*, Barcelona, Editorial Bruguera. Fermín Muñoz Pellejero, traductor.
- GORGE, Augustin (1967): *A la escucha de Dios*, Madrid, Ediciones Paulinas, Fermín Muñoz Pellejero, traductor.
- GORGE, Augustin (1967): *Orar con los Salmos*, Madrid, Ediciones Paulinas, Fermín Muñoz Pellejero, traductor.
- GUILLOPÉ, S. (1968): *La educación sexual de los niños y de los adolescentes*, Madrid, Sociedad de Educación Atenas, Fermín Muñoz Pellejero, traductor.
- HUGO, Victor (1970): *El 93*, Barcelona, Editorial Bruguera, Fermín Muñoz Pellejero, traductor.
- KI-ZERBO, J. (dir.) (1982): *Historia General de África*, volumen I, Madrid, París, Tecnos/UNESCO. Fermín Muñoz Pellejero, traductor.
- Las encíclicas del mundo moderno* (1969): Barcelona, Editorial Bruguera. Fermín Muñoz Pellejero, compilador.

- MELEGARI, Vezio (1968): *Piratas, corsarios y filibusteros*. Las maravillosas aventuras en el mar, Barcelona, Bruguera, Fermín Muñoz Pellejero, traductor.
- MOKHTAR, G. (dir.) (1982): *Historia General de África*, volumen II, Madrid, París, Tecnos/UNESCO. Fermín Muñoz Pellejero, traductor.
- NIANE, D. T. (dir.) (1985): *Historia General de África*, volumen IV, Madrid, París, Tecnos/UNESCO. Fermín Muñoz Pellejero, traductor.
- TURQUAN, Joseph (1974): *Carolina Murat*, Madrid, Círculo de Amigos de la Historia S. A, traducción del francés por Fermín Muñoz Pellejero.
- TURQUAN, Joseph (1974): *Paulina y Elisa Bonaparte*, Barcelona, Círculo de Amigos de la Historia. Fermín Muñoz Pellejero, traductor.

Otras referencias

- BARREIRO, Javier (2010): *Diccionario de autores aragoneses contemporáneos (1885-2005)*, Zaragoza, Diputación Provincial de Zaragoza.
- DELMIRO COTO, Benigno (2003): *Literatura y minas en la España de los siglos XIX y XX*, Oviedo, Ediciones Trea, S.L., Fundación Juan Muñoz Zapico.
- GUERRICABEYTIA, Manuel (30 de agosto de 1959): “Catástrofe en una mina de Utrillas”, *Diario Lucha*, Teruel.
- LÓPEZ DE ZUAZO, Antonio (1981): *Catálogo de periodistas españoles del siglo XX*. Madrid, Facultad de Ciencias de la Información, Universidad Complutense.
- MARTÍNEZ CACHERO, José María (1997): *La novela española entre 1936 y el fin de siglo*, Madrid, Castalia.
- NORA, Eugenio (G. de) (1973): *La novela española contemporánea (1939-1967)*, tomo tercero, Madrid, Gredos.



- SANZ VILLANUEVA, Santos (1980): *Historia de la novela social española (1942-1975)*, dos tomos, Madrid, Alhambra.
- SOBEJANO, Gonzalo (2005): *Novela española de nuestro tiempo 1940-1974* (En busca del pueblo perdido), Madrid, Marenostrum.
- TORRES AGUADO, Vicente (2009): *Aspectos sociales y educativos del personaje del sacerdote en la literatura española del siglo XX (Estudio comparado)*, Valencia, Universitat de València (tesis doctoral).

Entrevista a Esther Muñoz (3 de diciembre de 2017)

Doña Esther, me complace haber descubierto dos novelas de su padre en las que se demuestra que Fermín Muñoz es un narrador de raza. Me refiero a *Un hombre solo* y *El camión*.

1. *¿Sabe si su padre había escrito alguna otra novela más que no se llegó a publicar? ¿Tenía guardados en el cajón algunos otros manuscritos de novelas? Mi padre no llegó a publicar ningún libro más. Y no tengo guardado ningún manuscrito de ninguna novela suya. Publicó en un libro de relatos un cuento escrito por él. He estado buscando el libro y no lo encuentro.*

2. *Fermín Muñoz hizo muchas traducciones, sobre todo del francés. ¿Dónde aprendió idiomas? ¿Qué otras profesiones desempeñó a lo largo de su vida?* Sí, mi padre hizo numerosas traducciones, sobre todo del francés al español. También alguna del inglés al español. Mi padre era una persona muy culta. Sabía latín, griego, francés e inglés. El estudio del francés imagino que lo empezaría en el Seminario, y posteriormente hizo algún curso de verano en París, pero con estos estudios no hubiera tenido el nivel que adquirió. A él le gustaba muchísimo el francés y se esforzó en mejorarlo día a día, por su cuenta. Lo entendía perfectamente y lo hablaba correctamente, aunque su pronunciación no era muy buena. Era capaz de pasarse horas leyendo un diccionario que tenía de Francés – Español, “Larousse”, y otro bilingüe, también Larousse, para aprender nuevas palabras, expresiones etc., y no olvidar las que ya sabía. En cuanto al inglés, sé que también hizo algún curso en Londres en alguna academia. El inglés escrito lo entendía bastante bien pero no llegó a tener el nivel que tenía de francés. Supongo que le gustaba menos que el francés. En cuanto al inglés hablado, se defendía pero con conversaciones más básicas. Para las traducciones que hizo, necesitaba apoyarse más en el diccionario. Como el francés, el inglés también lo estudió mucho por su cuenta en casa. Y no paró de estudiarlo prácticamente hasta los últimos días de su vida. Yo considero que mi padre fue en gran medida autodidacta en el estudio de los idiomas. Era una persona muy estudiosa, constante y trabajador. Hasta el día que murió quiso aprender cosas nuevas. Para él estudiar, leer, aprender cada día algo más era un placer, no le suponía ningún trabajo.

3. *El tema religioso es muy importante en sus novelas y también en alguna de sus traducciones. ¿Qué tipo de formación religiosa había recibido? ¿En qué instituciones educativas estudió?* Ya de pequeño, destacaba por ser buen estudiante y en su pueblo le propusieron estudiar en el Seminario. Pienso que esto era muy habitual en esa época en los pueblos (de niño fue monaguillo). Así que mi padre empezó a estudiar en el Seminario. Posteriormente fue ordenado cura. Estuvo de cura en varios pueblos de Teruel, como Martín del Río, Tornos y, por último, en Alcalá de la Selva, donde conoció a mi madre. Decidió abandonar los hábitos y se casó con mi madre. Esto pienso que fue una decisión muy valiente por parte de mi padre, y también por parte de mi madre, dada la época de la que hablamos. Y una buenísima decisión, ya que si no yo no estaría aquí y, por supuesto, no estaría escribiendo estas palabras. Posteriormente mi padre estudió Filosofía y Letras y Periodismo en Madrid (en la Universidad Complutense).

4. *Las novelas demuestran, en efecto, que Fermín Muñoz conoce muy bien la geografía rural turolense. ¿Qué experiencias vitales tuvo en la provincia de Teruel? ¿Y en Barcelona y Madrid? ¿Vivió en algún otro lugar?* En Teruel, ya han quedado explicadas las vivencias que tuvo. En Barcelona no vivió, sé que estuvo un par de días para cobrar una traducción y en alguna visita familiar. En Madrid vivió ya de casado hasta su fallecimiento. Falleció en Alcalá de la Selva de repente cuando estábamos allí pasando las Navidades.

5. *¿Puede usted hacer una breve semblanza biográfica de su padre? Infancia en Mainar, estudios en Zaragoza, Madrid, trabajos de traductor, de periodista y otros...* Mi padre nació en Mainar, el 11 de octubre de 1929, en el seno de una familia humilde. Tenía cinco hermanos (sin contar con una hermana que se murió con algún mes). Él era el tercero de los cinco hermanos. Todos varones menos una mujer. La hermana que falleció con algún mes se llamaba Esther, de ahí que yo me llame Esther. Sus primeros estudios fueron en la escuela del pueblo. Posteriormente le propusieron estudiar en el Seminario, primero en Alcorisa y después en Zaragoza. Cuando acabó sus estudios fue ordenado cura. Al conocer a mi madre, como le digo, decidió dejar los hábitos y se casaron. En Zaragoza escribió en algún periódico (desconozco el nombre) y en Teruel también escribió algún artículo en alguna revista o periódico.

Ya en Madrid, mi padre trabajó en la Agencia Efe, de periodista, unos años. No sabría decirle exactamente cuántos. Este trabajo no le gustó demasiado porque buscaba las noticias en la calle y no le satisfacía plenamente. En esta época, para la Agencia Efe, escribía sobre la Vuelta Ciclista y viajaba hasta el lugar para buscar la noticia y plasmarla posteriormente sobre el papel. Posteriormente trabajó en el Palacio de Liria como secretario de los dos duques de Alba. Y este fue el trabajo hasta su jubilación. Mi padre era una persona muy trabajadora y muy querida allí. Aunque

trabajaba en el Palacio de Liria, mi padre seguía traduciendo, no de continuo, pero aproximadamente hasta los cincuenta y siete años tradujo libros. Las traducciones las hacía en su tiempo libre, en casa, con una máquina de escribir (en esta época no había ordenadores). El último libro que tradujo es la *Historia General de África*. Son 3 tomos. Se levantaba sobre las cinco de la mañana para hacerlo. Y los fines de semana, también traducía. Por eso, ya con una determinada edad, pensó que era muy sacrificado para él y no hizo más traducciones.

6. ¿Qué tipo de lecturas literarias cree usted que han influido en la obra de su padre? ¿Qué tipo de libros leía su padre? No le puedo decir qué libros habrán influido en su obra literaria, pero sí que le puedo decir que en su obra se ve un poco cómo era mi padre. El libro *El camión* se lo dedica a su primer maestro. Mi padre consideraba que la figura del maestro era “superimportante” para la sociedad en general. Al maestro había que respetarlo, pues te enseñaba muchas cosas y lo que aprendías en la escuela era importante para tu vida. Por ejemplo, en su libro *Un hombre solo se puede leer*: “¡Dios mío! Que casi todas las escuelas hayan de parecer presidios, siendo así que la escuela es la parte más viva de la vida doméstica y social. No se debe limitar solamente a cuatro frías paredes... En ella aprendemos a ser hombres en todo el sentido de la palabra, en ella aprendemos a amar, a esperar... Los recuerdos más íntimos y gratos van ligados a las paredes de la escuela. La infancia con sus caprichos, la adolescencia con sus luchas, la virilidad con sus problemas acuden a rememorar los prístinos días de la escuela. La escuela es un templo. Por eso mismo todas las palabras que en ella se dicen y todos los gestos que allí se realizan son decisivos”. Tras la lectura de su obra también se ve que a mi padre le gustaba ayudar a las personas y, en su vida diaria, procuraba ayudar a quien lo necesitaba. Leía todo tipo de libros, libros muy variados. Novelas de la época, novelas más antiguas, novelas en francés, libros de textos de idiomas, etc. Cualquier libro le valía. Yo lo recuerdo, en casa, prácticamente siempre con un libro en la mano. La televisión no le gustaba demasiado, salvo los telediarios, informativos y deportes. Así que en casa, la mayor parte del tiempo, lo dedicaba a leer, hasta el último día de su vida, que a pesar de que ya no retenía lo que leía, pues tenía Alzheimer, seguía haciéndolo cada día.

7. ¿Cómo era humanamente Fermín Muñoz como padre y como esposo? ¿Cuáles eran sus hábitos y rutinas de vida en los últimos años? Aparte de la lectura, le encantaba la naturaleza. La montaña era su gran pasión. Andaba muchísimo. Veraneábamos en un pueblecito de la Sierra, en Collado Villalba. Teníamos allí una casa. Mi padre con unos amigos, con los que compartía la misma afición, se iba a andar por la montaña. Hacían muchos kilómetros. Muchas veces iba con gente bastante más joven que él y les seguía el ritmo. Era bastante deportista. Las montañas de la Sierra de Madrid se las conocía bastante bien. También los alrededores de Alcalá de la Selva, en Teruel. Siempre me decía que las montañas turolenses le recordaban a las montañas

suizas. Supongo que exageraba un poco, pero era porque le encantaban las montañas y paisajes turolenses que, con toda la razón, pensaba que eran espectaculares (sobre todo la parte cercana a Alcalá de la Selva); y de Suiza tenía muy buenos recuerdos, en especial del monte Cervino, que subió de joven a pie.

En su juventud, le gustó viajar. Comparándolo con lo que viajamos actualmente, no fue a demasiados sitios, pero si tenemos en cuenta la época en la que mi padre era joven, pocos habrán visitado lo que él (París, Londres, Suiza, Lourdes y seguro que algún sitio se me escapa). Otra de las grandes aficiones de mi padre fue el tenis. Y tengo que decir que, dentro de que era un aficionado simplemente, se le daba bastante bien. En verano, hasta aproximadamente los sesenta años, jugaba prácticamente todos los días. Y en invierno algún fin de semana también. Le gustaba coleccionar sellos y pintar. Pintó algún cuadro. Ya le enviaré alguna foto para que los vea. Los que pintó están en su casa. Cuando se jubiló, se apuntó a clases de pintura, para retomar esta afición pero pronto se quitó de las clases, porque pintaba de pie y a mi padre ya le dolía la espalda. Aproximadamente a los setenta o setenta y un años empezó a perder un poco la memoria, muy lentamente, afortunadamente. Primero no sabía dónde se dejaba las llaves, se olvidaba de cosas (pequeños descuidos). Enseguida fuimos al neurólogo y le mandó unas pastillas que le fueron muy bien, y pienso que fueron un éxito para que el Alzheimer que le diagnosticaron progresara lentamente. Mi padre murió con setenta y nueve años, el 29 de diciembre del 2008, en Alcalá de la Selva. Estábamos pasando allí las Navidades y falleció mientras dormía. Fue de repente. En ese momento, todavía podía desenvolverse él en sus tareas más cotidianas. Podía ir por el periódico, a comprar el pan, asearse él solo, pero ya no retenía lo que leía, aunque como le he indicado anteriormente, seguía leyendo. Ya no se acordaba de las personas nuevas que conocía, o de personas no muy cercanas que ya conocía pero no veía con frecuencia. Tenía muchos olvidos, pero podía tener conversaciones coherentes, aunque como pasa con este tipo de enfermos, repetía las cosas. Y de vez en cuando tenía todavía conversaciones inteligentes. Recuerdo yo, en el último año, en un taxi, hablarle mi padre al taxista sobre el cambio climático. Yo pensaba, si este señor supiera que mi padre tiene Alzheimer, no se lo cree. A mi padre le preocupaba bastante el cambio climático y hablaba con frecuencia del tema. Todo esto se lo cuento para que vea que, a pesar de que tenía esta enfermedad, todavía podía haber vivido algún año más dignamente aunque ya se veía que iba avanzando la enfermedad.

En definitiva, pienso que mi padre llevó una buena vida, propia de un hombre bueno como fue él y, justo cuando ya empezaba a verse limitado en sus funciones básicas, se fue. Fue un hombre bueno, trataba de ayudar a todo el que podía, lo conociese o no. Siempre contribuía con organizaciones dando dinero para el necesitado y por la calle, a algún mendigo del barrio, le daba en ocasiones dinero o incluso

le compraba comida. Era una persona recta, muy sincera. Tenía bastante carácter, eso sí. Como padre era un buen padre, siempre preocupado por mí, claro siendo hija única, supongo que esto sucede. Y trató de darme lo mejor, la mejor educación, el mejor colegio etc., aunque no me consentía demasiado. También fue buen esposo. Era un hombre bastante hogareño y mi madre también, así que coincidían en esto, que pienso que era importante, aunque también en otras cosas, para una buena convivencia. En el trabajo, sé que era “superdiscreto”, muy leal y trabajador. Creo que por eso le apreciaban tanto.

8. *¿Recibió su padre algún reconocimiento por su trabajo?* Mi padre no recibió ningún reconocimiento por su trabajo.

Muchas gracias. Sus respuestas son muy valiosas, pues contribuyen a dar a conocer de primera mano el perfil humano y profesional de Fermín Muñoz Pellejero.